

XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVI Jornadas de Investigación. XV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. I Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. I Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2019.

Temer en la infancia.

Ribeiro, Ana Paula.

Cita:

Ribeiro, Ana Paula (2019). *Temer en la infancia*. XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVI Jornadas de Investigación. XV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. I Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. I Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-111/500>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ecod/AXS>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

TEMER EN LA INFANCIA

Ribeiro, Ana Paula

Hospital Interzonal General de Agudos Rodolfo Rossi. Argentina

RESUMEN

El miedo en los niños suele ser un motivo de consulta frecuente de parte del Otro (escuela, familia, médico) que toma a su cuenta la iniciativa de la consulta; a veces con la determinación de que allí hay algo patológico, otras con la duda. Los miedos también pueden aparecer secundariamente en el relato que estos otros hacen del supuesto padecimiento del niño; o incluso, llama la atención su ausencia. ¿Qué dicen los niños sobre sus miedos? ¿A qué le temen? ¿Ubican allí un punto de sufrimiento? Aquí es donde el Psicoanálisis, al tiempo que marca una diferencia respecto de otros abordajes, instala una apuesta: la de hacer existir en cada niño el sujeto que lo habita. Por otro lado, el miedo acostumbra a estar asociado a la angustia y a ser tomado como sinónimo de la fobia, pero estos conceptos ¿refieren a lo mismo? ¿Es el miedo un síntoma? Son estos interrogantes los que guiarán el presente escrito, sostenido en una ética que me acompaña como practicante del psicoanálisis... la del deseo. Los niños aprenden de sus miedos y tienen algo para enseñarnos con ellos ¿Estamos dispuestos a escucharlos?

Palabras clave

Psicoanálisis - Miedos - Síntoma - Niños

ABSTRACT

TO FEAR ON CHILDHOOD

Childhood fears are a common consultation motive coming from the Others (schools, doctors or even families) who take in charge the consultation initiative. Sometimes with the certainty that there's something pathologic about them, others with the doubt. Fear can also appear as a background scenery on what these Others verbalize about child supposed suffering or it also may call the attention the lack of it. What do kids tell about their fears? What are they afraid of? Do they locate their suffering around them fears? Psychoanalysis makes a heavy bet on this point on a whole different level than other psychotherapies do: it is its bet to make exist on every child the subject that inhabitates it. On the other side, fear is used to be associated with anguish and to be read as a synonym of a phobia. But are those equal concepts? Is fear a symptom? These are the questions that will guide this paper driven by an specific kind of ethic as a psychoanalysis practician: desire's ethic. Children do learn from their fears. And they do have something to teach us about them. Are we willing to hear them?

Key words

Psychoanalysis - Fears - Symptom - Children

*Yo, de niño temía que el espejo me mostrara otra o una ciega
Máscara impersonal que ocultaría
Algo sin duda atroz. Temí asimismo
Que el silencioso tiempo del espejo
Se desviara del curso cotidiano
(Jorge Luis Borges, El espejo).*

El sujeto en el niño

Tanto la infancia como el niño son categorías sociohistóricamente construidas, que se ajustan a los contextos y las significaciones imperantes en cada época. No obstante, hay un real que insiste en medio de tanta variación y es el niño como el nombre de un sujeto a educar, a adaptar; siempre valorado desde la mirada del adulto que opera un saber desde la lógica del discurso amo. Siendo la biopolítica una de las formas que toma actualmente este discurso, cabe preguntarse con qué significantes quedará marcado el niño en la disputa entre los poderes abocados a producir un saber sobre él (la familia, la escuela, el Estado, los medios de comunicación). Será a partir de esos significantes destinados a nombrar su lugar en el Otro, y su insondable decisión, que el sujeto que encarna este niño inventará un modo singular de responder a la relación sexual que no existe. Los niños que llegan a la consulta hablados por otros, ya no se ajustan tanto a lo que se espera de ellos, o incluso a lo que la ciencia y la pedagogía acostumbraban predicarle. Algunos aún pueden ofrecer resistencia a las exigencias de adaptación normativa que sofocan cada vez más la expresión de su singularidad; aunque el coste de ello sea la formación de síntomas que le acarrearán sufrimiento. Lo patológico queda rápidamente definido ya no por lo que se aparta de la norma (porque hoy la norma es lo patológico) si no por aquello que no puede disciplinarse, que no se ajusta a los protocolos. El psicoanálisis lacaniano invita a despojarnos de estos saberes producidos por aquellos discursos que ubican a los niños en posición de objeto, no para ignorarlos sino para agujerearlos con el saber que el propio niño tiene sobre lo que le pasa. Si el niño es un "consumidor de ficciones" (Laurent, E., 2004), sobre todo de la ficción que de él fabrican los padres en respuesta a su Ideal del yo, es necesario considerar esas ficciones para operar con ellas en dos niveles. Por un lado, para ubicar en el decir de los padres las coordenadas del deseo y de la pulsión sobre el

niño, es decir cómo cuenta para el Otro. Y por otro lado, para situar el tipo de respuesta que da el niño, para encontrarlo a él como sujeto. De este modo la escucha y la intervención estarán orientadas por la creencia de que en todo niño hay un sujeto supuesto al saber y al goce; única premisa a partir de la cual será posible alojar la particularidad que el niño presenta en su respuesta sintomática.

El miedo en la obra de Freud y Lacan

La emergencia del miedo previa a la irrupción de la pubertad puede conllevar una función específica para la constitución del aparato psíquico. Alba Flesler nos recuerda que el sujeto con el que trabajamos no tiene edad pero sí tiempos; y en este punto es importante considerar “los tiempos topológicos de la constitución del sujeto, los contratiempos en el anudamiento de la estructura, y los destiempos en la redistribución de los goces” (2007). Para Freud la infancia es un momento de causalidad, tiempo en el que se irán fijando los elementos iniciales de la constitución subjetiva, del fantasma y de la neurosis... o no. A lo largo de su obra el miedo aparecerá estrechamente vinculado a la angustia y la fobia, como efecto de un conflicto entre lo pulsional y los mecanismos que apuntan a reprimir su presentación. Se trata de un producto asociado a un saber que conviene mantener no sabido para evitar la angustia que implicaría su confrontación. Previo al caso Hans, miedo y fobia parecieran ser utilizados como sinónimos; pudiendo la fobia ser un síntoma que acompaña a otras neuropsicosis de defensa, o como “fobias típicas” del lado de las neurosis de angustia¹. Sin embargo ya aclarará que las fobias cuentan con una ensambladura más compleja que los ataques de angustia somáticos. (1990 a y b [1894-1895]).

A partir del caso Hans las fobias se corresponderán a meros síndromes que pueden pertenecer a las distintas neurosis y nombrándolas como histeria de angustia dirá no sólo que son las de aparición más temprana, sino que también son “directamente las neurosis de la época infantil” (1990 c [1909]; p.95). En cuanto a la estructura, les atribuye el mecanismo de sustitución por desplazamiento; y por función, el permitirle al sujeto la anticipación, la evitación, la ligazón libidinal de los montos de afecto que sueltos provocarían la angustia. Mientras las fobias serán un modo de defenderse contra esa angustia manteniéndola reprimida, el miedo quedará incluido como parte del proceso de formación de la fobia; instancia caracterizada por la localización de la angustia en un objeto que condensa y reemplaza a las representaciones reprimidas. Este objeto será el objeto fóbico, objeto externo, del cual se puede huir, y diferente de otros objetos de miedos que no necesariamente se enmarcan en el complejo fóbico, ni suponen el factor inhibitorio que éste contempla.

Con el giro de los años '20 (Freud, S.; 2004 a), el miedo seguirá apareciendo equiparado a la fobia cuando especifique la “fobia” a la soledad, a los extraños, a la oscuridad; siendo su causa el miedo sentido frente al peligro de perder el objeto amado. Asimismo, a la luz de las nuevas teorizaciones sobre la angustia

y la concepción del síntoma como sustituto de una satisfacción sexual reprimida, el miedo de la fobia será el miedo de la castración, y la angustia ante ello lo que produzca la represión (Freud, S.; 2004 b). Primero estará la angustia indeterminada, luego su ligazón a un objeto sustituto que le permita localizar fuera el peligro y desplazarlo hacia otros, y finalmente el armado de la muralla protectora que sostendrá la inhibición, sin por ello impedir que el sujeto continúe experimentando angustia. Se sumará aquí al costado resolutivo, la cara fallida de la estrategia fóbica. Por su parte, Lacan marcará algunas disquisiciones acentuando la diferenciación entre el miedo, la angustia y la fobia. Mientras que el miedo es articulable, puede nombrar y ser nombrado, la angustia no cuenta con esa posibilidad (Lacan, 2006a [1962-1963]). Las diferencias asentadas respecto al análisis de la estructura y función de las fobias, ya pueden encontrarse en el *Seminario IV* (2012 [1956-1957]), aunque hallaremos otras referencias en la *Conferencia sobre el síntoma* (1993 [1988]) y hacia su última enseñanza (1992 [1972-1973]). Lacan se detendrá más bien en atender a la particular relación del niño con la madre, y el lugar en el que quedará el padre cuando falla en su función. El miedo se relaciona para él con la angustia de castración ya que será a partir de ver y localizar la «Mancha negra» del caballo, que en el niño se desencadenará el miedo a la mordedura. Pero también la mordedura aludirá a la boca de la madre que el padre no logró cerrar; lo que hará de Juanito un niño atrapado en una relación imaginaria con aquélla, ofrecido todo a ella como su falo.

A diferencia de Freud, no será la interdicción de la masturbación que sanciona la madre el basamento de la fobia, si no la carencia del padre real como agente de la castración. El miedo a la mordedura del caballo va a ser una elaboración que el mismo sujeto efectuará como sustituto de la inoperancia de la amenaza de castración por la impotencia del padre para introducir una separación en la relación del niño con la madre. Podríamos decir que gracias al miedo y al desarrollo de la fobia, Juanito entra en la lógica de la castración. Y si el miedo permitirá localizar la angustia, determinarla, la fobia contribuirá a localizar la angustia en un miedo. Ambos poseen, entonces, una función localizadora de la angustia. Pero ¿Con qué tendrá que ver dicha angustia? Allí Lacan mencionará que además de la cuestión edípica sostenida por Freud, y la angustia como consecuencia pero también causa de la represión, lo que se impondrá será la irrupción de la pulsión sexual bajo la forma de la erección de Hans (op.cit.; 1993 [1988], p.128).

La fobia para Lacan será, entonces, un “cristal significante” (op. cit.; 2002, p. 500), una formación del inconsciente hecha de significantes a partir de la cual el niño intentará elaborar la significación fálica y también significar un goce en lo real que se le presenta como lo más ajeno. No hará de ella una estructura subjetiva, si no que la designará como “placa giratoria” hacia el final de su enseñanza (2008 [1969]; p. 280); dando cuenta de lo esperable de su emergencia en la infancia, sobre todo cuando

otros elementos no están muy bien consolidados. En consonancia con este planteo, en *Esquemas del Psicoanálisis* Freud ya dejaba entrever algo similar al tratar la estructura y función de las fobias a partir del modelo económico de las neurosis traumáticas, como “puntos débiles de toda organización normal”, aclarando que “el fracaso en la regulación de la pulsión sexual suele ser la regla para todos los niños; inherentes a los primeros años de vida de todo ser humano y de la que testimonian las fobias infantiles” (1992 [1938]).

De lo que no engaña al miedo

Marie Helene Brousse afirma que “el miedo puesto que en el parletre surge de la angustia se funda en ella, es un hecho de discurso” (Miller & Otros, op. cit, p.120). Es el carácter de respuesta a la angustia lo que lo convierte en tal, distanciándose de su significación reducida a una señal de peligro. La analista explica que como hecho de discurso, el miedo también involucra una ficción, y está ficción encarna “el mundo tal como funciona, aquel que incluye la escena y por ende, los residuos superpuestos”. Incluso, habría elementos del mundo, en tanto “la cosa”, que se ponen en funcionamiento a partir de la escena. En este sentido, podríamos decir que el miedo en cierto punto enmarca lo real; o dicho de otro modo, la maniobra que opera con la angustia no es otra que un intento por simbolizar el goce enigmático mediante la producción de ficciones. Allí van a parar los personajes de muchos cuentos, películas o de los mitos culturales, e incluso aquellas que se inventa cada niño. Se trata de atrapar ese objeto a, real, que motiva la angustia, aquello que es del orden de lo íntimo, en un objeto significativo, en un Otro extranjero. Los monstruos son el Otro, pero también lo Uno.

El miedo puede representar un impasse en el desarrollo, formalizarse a partir de alguna contingencia, y requerir o no el inicio de un tratamiento. Solemos defender la idea de que basta con que un sujeto presente un padecer de más para que allí tenga lugar un espacio analítico. Acuerdo con esta política sin adherir a ella de modo radical; puesto que en la época de la «patologización generalizada», no estamos exentos del empuje a responder a la demanda bajo la inmediatez, y eludir así el tiempo de comprender. Respetar el saber del niño en tanto sujeto implica no perder de vista el respeto por la particularidad de sus tiempos ya que a veces simplemente se trata de darle el debido tiempo para que tenga miedo.

Cuando en los relatos de los pacientes constatamos la existencia de algún miedo, sea o no éste lo que motiva la consulta, es preciso suponer a modo de hipótesis todo un trabajo de elaboración que el sujeto decide emprender para defenderse de la angustia. Pero la angustia puede presentarse bajo dos coordenadas: o bien, en el encuentro con la falta del Otro como signo de un deseo enigmático (“Che vuoi?”), o bien, en el encuentro con la falta de la falta, es decir, lo que el sujeto encuentra cuando se reencuentra con su objeto a, con algo del orden de lo real. Cabe a quien escucha, orientado por esta clínica de los “divinos

detalles”, analizar e interrogar estos miedos para hallar la coyuntura angustiante que los sostienen. Misma secuencia podría aplicarse cuando encontramos que los miedos han evolucionado hacia una fobia. Por ello se requiere de mucho respeto ante estas presentaciones clínicas y el modo de maniobrar con ellas, hasta tanto no haber diagnosticado cuál es la función singular que tienen en ese sujeto, y a qué responde la angustia frente a la que se erigen. Propongo concebir a los miedos en los niños, particularmente, como un operador clínico en la medida en que a partir de ellos podemos no sólo anoticiarnos de un signo de estructura, sino también intervenirlos para puntuar la posición subjetiva ante el Otro y su propio goce.

El miedo ¿es un síntoma?

Aquí el psicoanálisis lacaniano se diferencia una vez más del discurso médico y el de otras psicoterapias. En primer lugar, porque rompe con la equivalencia socialmente instituida del síntoma como signo de lo patológico, y luego, porque reconoce en él la capacidad de invención más singular de un sujeto. Cada niño tiene su miedo... Se puede asemejar más o menos al de otros niños, pero la envoltura formal del síntoma responderá a una historia única entramada con significaciones, contingencias y repeticiones del caso por caso. El síntoma puede ser lo que no marcha en la vida de alguien, aquello que le plantea obstáculos y acarrea sufrimiento. Pero también es una respuesta, una solución de compromiso frente a un conflicto que genera contradicciones, una sustitución de la satisfacción de la pulsión. O bien, un modo de responder ante lo que para cada cual constituye un vacío; una atribución de sentido a lo traumático del goce, que alberga tanto un costado significativo como otro pulsional, y que justamente puede venir a suplir lo que no marcha.

Para que el miedo constituya un síntoma en el sentido analítico del término habrá que valorar si en su estructuración alberga la sustitución de alguna otra cosa de la cual el sujeto quiera defenderse, localizando en un objeto particular la angustia. Entonces, restará ubicar aquello que gracias a él el aparato está pudiendo elaborar para acompañar este proceso; sea para dejarlo tal cual, o para modularlo si cobrase una repercusión invalidante en la vida del niño. Pero puede suceder que aún la angustia no esté localizada como miedo, y entonces tal vez se trate de hacerlo existir como síntoma en su estatuto significativo. De ese modo también se estará poniendo a jugar su costado de goce, propiciando la sustitución a partir de la cual se pueda instalar la cadena asociativa para que el sujeto pueda ir construyendo nuevas significaciones.

Sin embargo, insiste la pregunta de si cabe la posibilidad de que el miedo no se inscriba como síntoma en este sentido, si no que sea la expresión directa de un goce inaprensible por las vías del significante. Asunto similar interroga a Miller en torno al fenómeno de la violencia (2017a). De cualquier manera, los miedos que circulan en la escena de la primera consulta, suelen llegar ya significados como síntomas “patológicos”. En todo

caso, será parte de nuestro trabajo deslindar esta significación, sin contradecirla ni avalarla; más bien interpretándola a la luz de lo que el psicoanálisis nos enseña sobre la política del síntoma. Jugar con ese malentendido puede ser una oportunidad (tal vez la única) de ofrecerle al niño un lugar Otro donde hablar de aquello que le está pasando.

Freud distinguía las fobias comunes de las ocasionales dependiendo de si el miedo respondía a lo que la mayoría acostumbraba temer o no. Este no deja de ser un criterio normativo valorado según la media; no obstante, en la infancia son recurrentes algunos miedos que se repiten de niño en niño. Tales como el miedo a la oscuridad, a los desconocidos, a algún animal, a los monstruos y fantasmas. Por otro lado, tanto él como Lacan, situaban a la fobia como un momento sintomático de la infancia, indicador del trabajo de elaboración del sujeto por localizar algo del orden de lo perturbador e inscribir cierta significación que ordene su mundo. Es que la presencia de estos “miedos típicos”, conllevan una función en la estructuración mental del niño, y de acuerdo a las características de su evolución pueden ser signos de la constitución de nuevos objetos psíquicos, así como de la institución de la presencia/ ausencia, lo conocido/ extraño, lo propio/ ajeno. Es decir, la delimitación de espacios. A su vez, un mismo miedo puede tener distintos sentidos para distintos sujetos, y para el mismo niño en distintas situaciones de su vida.

Pues bien, si hay miedos no sólo esperables si no necesarios en la infancia, ¿Cuándo el miedo sería “patológico”? Hay que distinguir aquellos asociados a aspectos estructurales de la constitución subjetiva, de otros que podrían responder a tropiezos en este proceso, ciertos momentos de crisis que ameritan un espacio de acompañamiento para tratar el autotratamiento que el mismo miedo representa. Aquellos miedos que obturan el desempeño cotidiano del niño, que se fijan en un objeto y se prolongan en el tiempo, que no admiten modulación o sustitución y conllevan angustia desbordante, podrían suponer ese penar de más que conmina nuestra intervención.

Algunas conclusiones finales

Ni uno, ni el mismo. Los miedos concebidos como una respuesta del sujeto nos confrontan con el trabajo analítico de delimitar su estructura y su función, cada vez y en cada caso. Primo hermano de la angustia y de la fobia, cuando se hacen presentes en la infancia aparecen revestidos de una particularidad; aquella que atañe a un tiempo de construcción e inscripción de las primeras marcas desde las cuales interpretaremos el mundo y la escena. Tiempo más que oportuno para el encuentro de un niño con un analista (pero no por ello directamente necesario), con el que pueda hablar de su malestar y ficcionarlo.

¿Qué lugar en ese encuentro para quien se dispone desde su deseo a escuchar los miedos que, a veces sin poder formularlos como tales, los niños (y no tan niños) deciden contarnos? Comparto dos propuestas posibles, que se articulan mutuamente.

1. Hacer existir el sujeto en el niño, contra todo pronóstico de la época que busca aplacarlo y hacer de él o bien objeto de compasión, o bien chivo expiatorio de lo que resiste a la maquinaria mortífera de la adaptación. Esto no supone negar la especificidad de los tiempos del desarrollo que lo atraviesan; sino tomarlo en cuenta como una oportunidad privilegiada para la intervención.

2. Hacer existir el miedo como síntoma, no para gozar de él sino para instaurar un signo de un agujero en lo que irrumpe como real. Constituye una operación de sustracción. Es acompañar como partenaire al sujeto en la invención de un significante que nomine el objeto de su miedo para desde allí elaborar ficciones; tarea posible sólo si el sujeto consiente a una pérdida: la de volverse objeto condensador de goce.

Hacer existir el miedo significa también subjetivarlo, elaborar a partir de él un síntoma en el sentido analítico. Desde otras psicoterapias, el miedo considerado como síntoma patológico debería constituir algo a erradicar. Incluso cuando es equiparado a la fobia la terapéutica en estos casos supone la confrontación progresiva al objeto fóbico, puesto que se espera como resultado la conformación de un yo más fuerte. Quizá no se trate tanto de tranquilizar o relativizar el miedo sino de interrogarlo y darle un lugar en el discurso del propio niño. Puede ser que teman al lugar que encuentran en el discurso del Otro; y si ese es un lugar estragante, puede ser el miedo un intento de separación.

Reconocer los miedos, poder nombrarlos, son procesos que la época rechaza, olvidando lo que ya señalaban Freud y Lacan a lo largo de toda su enseñanza: la potencia de las palabras, del registro significante, para tocar *algo* de lo real. Inventar un nombre para la experiencia del miedo habilita la construcción de un borde frente a lo invasiva que puede resultar la angustia. Cuánto habrá allí de un reencuentro con algo del orden de lo ominoso, aquello que siendo lo más íntimo se vive como ajeno? (Freud, S. 1919). Borges no podía precisar muy bien qué, pero no tenía dudas de que lo que el espejo reflejaba al mismo tiempo ocultaba algo “atroz”. Es que los niños portan un saber y al mismo tiempo una solución en sus miedos. Reitero entonces la pregunta ¿estamos dispuestos a escucharlos?

1 Dividirá las fobias según la naturaleza del objeto en fobias comunes (miedo exagerado a las cosas que la mayoría suele temer), y fobias ocasionales (miedo a condiciones especiales que no producen temor al hombre sano, como la agorafobia y las relacionadas a la locomoción).

BIBLIOGRAFÍA

AA. VV. Estructura y función del síntoma fóbico en la infancia (Piro, M. C coomp). *Libro de cátedra de Psicopatología II, Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata*, 2015. Extraído de http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/27874/discover?filtertype=subject&filter_relational_operator=authority&filter=http%3A%2F2Fvoc.sedici.unlp.edu.ar%2Ftaxonomy_term%2F77130

- Berkoff, M. "Niños en apuros. La detención como preliminar a todo tratamiento posible", en *Psicoanálisis con niños y adolescentes 3: Encrucijadas de la práctica psicoanalítica*. Buenos Aires: Grama, 2011.
- Daumas, A. "El niño, el goce y el objeto a en la época", en *Psicoanálisis con niños y adolescentes 2: Políticas, prácticas y saberes sobre el niño*. Buenos Aires: Grama, 2009.
- Flesler, A. "El Niño en Análisis y el Lugar de los Padres". Buenos Aires: Paidós, 2007.
- Freud, S. "Las neuropsicosis de defensa" (1894). En *Obras Completas, Vol. III*. Buenos Aires: Amorrortu, 1990 a.
- Freud, S. "Obsesiones y fobias. Su mecanismo psíquico y su etiología. Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de "neurosis de angustia"" (1894-1895). En *Obras Completas, Vol. III*. Buenos Aires: Amorrortu, 1990 b.
- Freud, S. "Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)" (1909). En *Obras Completas, Vol. X (pp.1-118)*. Buenos Aires: Amorrortu, 1990 c.
- Freud, S. (1916/7) "23º Conferencia: Los caminos de la formación del síntoma". En *Obras Completas, Vol. XVI*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1998.
- Freud, S. (1919). "Lo ominoso". En *Obras Completas, Vol. XVII* (pp. 215-252). Buenos Aires: Amorrortu, 1998.
- Freud, S. "Esquema del psicoanálisis" (1938). En *Obras Completas, Vol. XXIII* (pp.139-210). Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992.
- Freud, S. "Los vasallajes del yo" [1923]. En *Obras completas, T. XIX*. Buenos Aires: Amorrortu, 2004 a.
- Freud, S. "Inhibición, Síntoma y angustia" [1925]. En *Obras completas, T. XX*. Buenos Aires: Amorrortu, 2004 b.
- Lacadée, P. "¿Qué es un niño?", Conferencia en Rodez. En *Resonancias de la interpretación*. Buenos Aires: Editorial Atuel, 1995.
- Lacadée, P. "El niño lacaniano es el niño traumatizado", 2014. Recuperado en <http://www.psicoanalisisinedito.com/2014/09/philippe-lacadee-el-nino-lacaniano-es.html>
- Lacan, J. *El Seminario, Libro XX. Aún* [1972-1973]. Buenos Aires: Paidós, 1992.
- Lacan, J. "Conferencia en Ginebra sobre el síntoma" [1988]. En *Intervenciones y Textos II*, Buenos Aires: Manantial, 1993.
- Lacan, J. *El Seminario, Libro X. La Angustia* [1962-1963]. Buenos Aires: Paidós, 2006 a.
- Lacan, J. *El Seminario, Libro XXIII. El síntoma (1975-6)*. Clase 9. Pag. 133. Buenos Aires: Paidós, 2006 b.
- Lacan, J. *El Seminario, Libro XVI. De un otro al Otro* [1968-1969]. Buenos Aires: Paidós, 2008.
- Lacan, J. "Dos notas sobre el niño", en *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial, 2010.
- Lacan, J. *El Seminario, Libro IV. La relación de objeto* [1956-1957]. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Laurent, E. "El niño y su madre". En *Hay un fin de análisis para los niños*. Buenos Aires: Colección Diva, 2003.
- Laurent, E. *Los objetos de la pasión*. Buenos Aires: Tres Haches, 2004.
- Laurent, E. "Las nuevas inscripciones del sufrimiento en el niño". En *El goce sin rostro*. Buenos Aires, Ed. Tres Haches, 2010.
- Leserre, A. "Consideraciones sobre la práctica" en *Psicoanálisis con niños: los fundamentos de la práctica*. Buenos Aires: Grama, 2004.
- Miller, J.A. "Los signos del consentimiento". En *Psicoanálisis con niños. Los fundamentos de la práctica*. Silvia Salman Comp. Buenos Aires: Grama Ediciones, 2004.
- Miller, J.A. "Niños violentos". *Intervención de clausura de la 4ta Jornada del Instituto del niño*, 2017 a. Extraído de: <https://psicoanalisis-lacaniano.com/ninos-violentos/>
- Miller, J.A. & Otros. *Los miedos de los niños*. Paidós, Buenos Aires, 2017 b.
- Moscone, R. "El miedo y sus metamorfosis". En *Revista de la Asociación Psicoanalítica Colombiana*, Vol 21, Núm 1, pp. 53-80, 2012.
- Silvestre, M. "La neurosis infantil según Freud" en *Mañana el psicoanálisis*, Buenos Aires, Ed. Manantial, 1988.